

respecto á capacidad militar. Se conoce que la fuerza que vió llegar en auxilio de la plaza la miró con la imaginacion preocupada y sin la calma necesaria para contar su insignificante número. Con los doce mil hombres que tenia á su disposicion podia haber desbaratado con extraordinaria facilidad el refuerzo enviado de Leon y de Silao, y apoderarse en seguida de la ciudad, que, perdida la esperanza de ser socorrida, hubiera sucumbido. Reunido el refuerzo á las dos únicas compañías que quedaban en la plaza, puede asegurarse que no pasaba su número de trescientos hombres. No hubiera sido, por lo mismo, posible que esta insignificante fuerza triunfara de doce mil combatientes que componian los que se habian acercado á apoderarse de la ciudad. Nunca se ha visto entre tropas igualmente instruidas y armadas, una accion en que haya existido la exorbitante desproporcion de que por una parte combatan trescientos y de la otra doce mil. Pocas horas despues de haberse alejado de los alrededores de Guanajuato los insurrectos, entraron en la ciudad las partidas que habian ido en su auxilio. La presencia de ellas causó notable satisfaccion en el vecindario, creyendo que iban á permanecer en la poblacion durante la ausencia de las tropas de Calleja; pero cuando se supo que iban á regresar á los puntos de donde habian sido enviadas, para evitar que los independientes invadiesen á Leon y á Silao, la inquietud y el sobresalto se apoderó de todos los habitantes, pues temieron que las fuerzas insurrectas volviesen sobre la poblacion que quedaba desguarnecida. Dominadas las familias por el temor de nuevos ataques que exponian la ciudad á des-

manes y saqueos, se dispusieron muchas de ellas á dejar sus casas y marchar á radicarse en otros puntos mas tranquilos. Al ver su determinacion y considerar que la ciudad iba á quedar reducida á la miseria, se dispuso, para evitar que lo verificasen y calmar su sobresalto, que de las fuerzas llegadas quedasen algunas para aumentar la guarnicion. Cuando se acababa de resolver esto, llegaron nuevas tropas á las órdenes de D. Angel Linares y de Quintanar, enviadas por el coronel D. Pedro Celestino Negrete, quien con su division permanecia en los linderos de la provincia. Habiendo cesado con esto el temor del vecindario, las disposiciones tomadas por las familias para emigrar quedaron sin efecto, y la poblacion quedó por entonces tranquila y en completo sosiego.

1811. Aunque los jefes insurrectos habian desistido de nuevos ataques sobre Guanajuato, no hicieron lo mismo con respecto á otras poblaciones de la provincia que se vieron amagadas por diversas partidas. Los dos jefes realistas que habian ido á Guanajuato á reforzar la guarnicion, despues de haber cumplido con su mision y ponerse en camino para regresar á sus puntos, encontraron en la hacienda de Cuerámaro una partida de Albino Garcia, que derrotaron inmediatamente, haciendo lo mismo en San Pedro Piedra Gorda con otra de Salmeron, á quien le quitaron el ganado que habia cogido en la hacienda de las Arandas. Los pueblos de San Felipe y Dolores fueron invadidos por las partidas insurrectas de Nuñez, Pedro Garcia y el clérigo Pedroso; pero habiendo enviado el comandante de San Luis, Tobar, una fuerza contra éstos, les obligó á retirar, fusilando á varios

que cayeron prisioneros y mandado azotar á otros (1). En el pueblo de Dolores, donde el cura Hidalgo dió el grito de independenciam, dieron muerte los insurrectos al subdelegado D. Ramon Montemayor y á otros cuatro realistas de la misma poblacion, el 10 de Setiembre de 1811. La misma suerte hubiera seguido el capitán de los últimos D. José Mariano Ferrer, si no hubiera sido por la esposa de Abasolo que residia en el expresado pueblo de Dolores. En el momento que le conducian al sitio de la ejecucion, corrió la mujer de Abasolo á ver al jefe insurrecto, y dándole dos mil duros, consiguió salvar la vida del que caminaba á la muerte. De igual manera salvó aquella magnánima señora, modelo de virtud y de caridad, á otros varios, por cantidades menos crecidas (2). Poco despues de haber sido aprehendido su esposo Abasolo, y de haber puesto en juego todos los medios para salvarle, se fué á vivir á Dolores, de donde eran vecinos, y esperaba allí el resultado de la causa, con la ansiedad de una excelente esposa. Al ser ocupado el pueblo por las fuerzas insurrectas, los indios se unieron á ellas y se entregaron al saqueo, sin perdonar la iglesia, cometiendo lamentables desórdenes en las calles. A la importante poblacion de Celaya, que habia sido atacada varias veces por las fuerzas independientes sin lograr apoderarse de ella, le intimó rendicion, en Diciembre, el padre dominico Fr. Laureano Saavedra, que tenia el grado de brigadier, sin haber logrado su objeto.

(1) Parte de Tobar, *Gaceta* de 28 de Marzo de 1812, t. III, n.º 204, f. 325.

(2) Parte de Guizarnótegui, *Gaceta* de 30 de Enero de 1812, n.º 176, f. 108.

El jefe realista Guizarnótegui, que era activo y valiente, se propuso, á su vez, atacar al expresado sacerdote en Salvatierra, y el 27 de Setiembre salió de Celaya para aquella poblacion, con objeto de sorprenderle. El éxito correspondió á su intento, pues en la madrugada del siguiente dia cayó sobre la fuerza insurrecta, la puso en fuga, le quitó tres cañones de bronce y tres de madera, le mató mucha gente, entre ella uno á quien llamaban el Picador porque lo habia sido realmente de caballos, y que en la revolucion se le dió el grado de capitán, y la puso en completa dispersion. D. Miguel de la Mora, despues de la sorpresa que sufrió en Jiquilpan, y que no tuvo las consecuencias que temió el brigadier Cruz, como en su lugar dije, cuando contestó á Calleja diciéndole las dificultades que tenia para desprender fuerzas bajo las órdenes de Negrete, logró rehacerse, y reuniendo su tropa dispersa, obligó á los independientes que acaudillaban Godiño y Mora, á retirarse á la Lagunilla. Pronto se dirigió hácia este punto Mora, y las fuerzas insurrectas fueron dispersadas inmediatamente. Las tropas realistas de Sonora que operaban por la parte del Norte á las órdenes de Villaescusa y de Arbizu, desbarataron repetidas veces á las insurrectas que ocupaban á Acapomete y el litoral y Tierra caliente hasta las inmediaciones de Tepic, al mismo tiempo que el gobernador de Colotlan, Iturbe, expedicionaba desde aquel punto hasta la cumbre de la sierra.

1811. «Teniéndose noticia de que los insurgen-  
Setiembre á tes, dueños de la ferreteria de Coacomán,  
Diciembre. establecida por el tribunal de Minería durante la escasez

de hierro que causó la guerra con Inglaterra para proveer de éste á las minas, se aprovechaban de ella para fundir cañones, municiones y otros útiles de guerra, y siendo de temer que desde aquel punto intentasen atacar á Colima, hizo Cruz que marchasen de esta ciudad dos divisiones, la una á cargo del subdelegado de la misma D. Juan Nepomuceno Cuellar, y la otra bajo las órdenes del capitán D. Miguel de la Mora, para que, siguiendo diversos caminos, cayesen á un tiempo sobre Coalcoman, impidiendo la fuga de los insurgentes. Esta combinacion no pudo tener efecto por obstáculos del camino que los de Coalcoman intentaron defender, aunque luego lo abandonaron, y Mora llegó antes que Cuellar á aquel mineral, en el que encontró gran cantidad de hierro fundido, é inutilizó las máquinas, no pudiendo dejar guarnicion, con lo que se perdió el gasto muy considerable que se hizo para plantearlas.

»Al fin del año no quedaba en la Nueva Galicia partida alguna de insurgentes que pudiese dar cuidado, hallándose aquella provincia en bastante tranquilidad, en cuyo restablecimiento tuvieron no poca parte los vecindarios de casi todos los pueblos armados y organizados en compañías de patriotas, los cuales resistian los ataques de los insurgentes, como lo hizo el pueblo de Zapotlan el Grande, en el ataque que sufrió el 18 de Diciembre. Las tropas de aquella comandancia estaban distribuidas en siete divisiones que guardaban sus fronteras y recorrían el interior, para conservar el orden y apoyar en caso necesario á los realistas de los pueblos: entre estas divisiones se distinguía la de Negrete por la

bizarria que habia sabido inspirarle, á veces por medio de excesiva severidad, pues se refiere que en alguna accion pasó por su mano con la espada á un oficial, á quien vió dar alguna señal de cobardia. En todas estas acciones fueron cogidos porcion de jefes oscuros de los insurgentes, todos los cuales y muchos de menor cuenta fueron inmediatamente fusilados, ó como decia el subdelegado de Zapotlan, D. Juan Manuel de Rulfo, en su parte del ataque dado á aquella poblacion, refiriendo que habia cogido á Vicente Barajas, al que al dia siguiente despacharia «al viaje largo» (1).

»La situacion de Querétaro en medio de las provincias sublevadas le hacia participar mas que ninguna otra de los movimientos de aquéllas. La ciudad, no solo estaba asegurada con suficiente guarnicion y bastante fortificada para no tener que temer de los débiles medios de ataque de los insurgentes, sino que su comandante, que lo era el de la brigada García Rebollo, hacia salir frecuentemente partidas á perseguir las de aquéllos, que eran en gran número en todo el territorio circunvecino, especialmente por el rumbo de Cadereita y sierra de Sichú. Mandaban estas expediciones D. Fernando Romero Martinez, comandante del batallon urbano de aquella ciudad, y D. Ildefonso de la Torre, ambos españoles europeos, que antes de la revolucion habian tenido el giro de obrajes de paño ó de comercio en ella. El primero habia sido procesado en el

(1) Este parte se halla en la *Gaceta* de 5 de Marzo de 1812, núm. 193, f. 239, y puede presentarse como modelo de extraordinaria pedanteria.

año de 1802, por haber dado muerte por su mano, con ligero motivo, á un albañil que trabajaba en una obra suya, y antes lo habia sido tambien porque en su juventud solia correr las calles por la noche insultando á los que encontraba (1). Este carácter feroz se puso mas de manifiesto en la revolucion, en la que hizo quitar la vida á muchos prisioneros, á algunos por su mano, estando atados, y sin causa suficiente hizo llevar preso á Querétaro al cura de San José de Casas Viejas, anciano octogenario y ciego, que fué puesto en libertad por aquella comandancia (2). Torre, entre otras expediciones, se apoderó del cerro del Moro, no distante de San Juan del Rio, en cuyo sitio, por considerarlo muy seguro, se habian refugiado multitud de familias de insurgentes de los pueblos inmediatos, en las cuales hizo hacer una horrenda carnicería, sin distincion de sexo ni edad. Sin embargo de estas correrías, el territorio todo continuaba invadido por partidas que se comunicaban con las de Guanajuato, Michoacan, la Huasteca, y especialmente con las de Villagran por el lado de Huichapan.

(1) Así lo dice el Dr. D. Matías Antonio de los Ríos, auditor de la comandancia, en el informe reservado que le pidió el virey sobre la conducta del corregidor y de su mujer, y asegura que ambas causas habian sido remitidas al superior Gobierno.

(2) Lo primero lo dice el mismo Ríos en el citado informe, como cosa que corria por segura: lo segundo, por haber actuado él en el negocio. Romero Martínez fué hombre rico, dueño de la hacienda del Colorado y de una magnífica casa, que despues ha sido meson frente á Santa Clara en Querétaro: su familia ha acabado en la mayor miseria.

Las *Gacetas* de 1811 y 12 están llenas de las expediciones de Torre, que seria fastidioso extractar.

»Punto de la mayor importancia para el Gobierno era tener expedita la comunicacion entre la capital y Querétaro, y á este objeto habia destinado el virey las dos divisiones de Castro y Alonso; pero habiendo éstas marchado al camino de Valladolid, quedó encargado del de Querétaro el teniente coronel D. José Antonio Andrade, comandante de los dragones de Tulancingo. El cura de Nopala, Correa, á quien Cruz despachó á Méjico, habia vuelto á su curato declarándose abiertamente por la revolucion, con motivo, segun él mismo dice en la relacion de sus servicios que escribió despues de hecha la independencia (1), de haber sido fusilados de orden de Andrade, en el zaguan de la misma casa cural, varios de sus feligreses inocentes. La Junta de Zitácuaro le dió el empleo de brigadier, nombrándolo comandante de Huichapan y Jilotepec, y comenzó á recorrer con varia fortuna aquellos territorios hasta la villa del Carbon, en donde batió al capitán de la Acordada Columna, de cuyas resultas se volvió éste á Méjico, en donde murió á poco

1811. tiempo. Las partidas que lo reconocian por Setiembre á jefe, las de los Anayas y de los Villagranes, Diciembre. que á veces obraban reunidas y otras separadas, impedian el tránsito del camino de tierra adentro y hacian que se padeciese escasez de muchos artículos de primera necesidad en la capital, pues solo podian llevarse en convoyes, los que casi siempre eran atacados. El coronel Andrade condujo uno de éstos, que entró en Méjico en 14 de Noviembre con seiscientas barras de plata, las

(1) Publicada por Bustamante, *Cuadro Histórico*, t. II, f. 109.

mismas que llevó Campo de Guanajuato á Querétaro, y gran cantidad de sebo, chile (nombre que se da al pimienta) y otros objetos de consumo, hasta el número de dos mil mulas cargadas. Méjico, que antes de la revolución veía entrar por sus Garitas mensualmente mayores riquezas, se regocijó con este recuerdo de su antigua prosperidad, y la Casa de Moneda, cuyas labores habían cesado, pudo ponerse en actividad por algunos días. Andrade salió de regreso con otro convoy para las provincias del interior, y con él partió el obispo de Guadalajara para regresar á su diócesis. Al paso por el peligroso punto de Capulalpan, fué atacado el convoy por todas las partidas reunidas del cura Correa (23 de Noviembre), los Villagranes y Anayas, que componían el número de dos mil hombres. La larga extensión de seis leguas que el convoy ocupaba, con la escolta de cuatrocientos hombres, presentaba muchos puntos de fácil acceso, no obstante lo cual los insurgentes fueron rechazados y se les quitaron trescientas mulas cargadas que habían tomado, aunque siempre quedaron en su poder algunas. La acción fué bastante empeñada, por haber tomado parte en ella aun la escolta que acompañaba el coche del obispo (1), que se vió en peligro de ser cogido. Correa fué declarado excomulgado y fijado su nombre en tablilla en las puertas de las iglesias de Méjico.

1811. »Además de las tropas del mando de An-  
Setiembre á  
Diciembre. drade empleadas en aquel rumbo, se hallaba  
también en las inmediaciones de Ixmiquilpan la sección

(1) *Gaceta* de 28 de Noviembre de 1811, t. II, núm. 145, fol. 1,108.

del conde Columbini (*e*), la que sufrió un revés, habiendo sido batida una partida de sesenta hombres que atacó una altura ocupada por los insurgentes, con muerte del oficial de marina Ruiz que mandaba el ataque (1). La gente armada de la hacienda de Tlahuelilpan del conde de la Cortina, á las órdenes de su administrador D. Vicente Fernandez (*e*), hizo los mayores servicios al Gobierno, conservando bajo su obediencia una grande extensión de país, auxiliando á las tropas en sus expediciones, recorriendo las inmediaciones de Tula, dando en todos estos distritos muchos combates, todo á expensas del conde, que invirtió en este objeto y en préstamos y donativos en diversas épocas, sumas tan considerables, que parecen exceder de lo que es posible á la fortuna de un particular (2). Algun tiempo despues se estableció un destacamento en Escapuzalco á las órdenes de D. Pedro Monsalve, para proteger la comunicacion de la capital con los molinos de harina, extendiéndose hasta el camino de Tierra adentro.

»Con las partidas de insurgentes de Querétaro y serranía de Ixmiquilpan, se comunicaban las de la Huasteca hasta el rio de Tampico. El mando de aquel distrito estaba encargado, como en su lugar se dijo, al coronel Arredondo, y bajo su dirección operaban dos secciones: una en la parte alta, á las órdenes del capitán D. Cayetano

(1) Arechederreta. *Apuntes* manuscritos.

(2) En las *Gacetas* de aquel tiempo se habla frecuentemente de las expediciones de Fernandez. Véase con respecto á los préstamos y donativos de esta opulenta casa, el Apéndice, documento núm. 17.